

50 BRIGADA

PORTAVOZ DE LA "50 BRIGADA"

AÑO I

Sábado 10 de abril de 1937

NUM. 6

E f e m é r i d e s

¡14 de abril de 1931!

El pueblo español, con un alto y puro sentimiento, y en impetuosa corriente, anegó un régimen corrompido, una monarquía atormentada que arrastraba múltiples resabios históricos y que detenía un rey perjuro.

Con certero instinto político, el pueblo español venía atisbando un régimen mejor: la República.

La coyuntura de unas elecciones municipales, que implicaban un hecho plebiscitario, hizo plasmar aquel anhelo general.

El triunfo fué claro, arrollador y generoso. Precisamente esta generosidad de su caudal (ejecutoria que el pueblo mostró orgullosamente al mundo, por haber producido un cambio tal sin derramamiento de sangre) no arrastró un légamo maldito: un ejército impopular y rencoroso, una aristocracia decadente, unos estratos sociales que sólo cuidaban sus privilegios de casta...

La República significaba: justicia social; protección al trabajo; anulación de los privilegios de la holganza; renunciamiento absoluto a la guerra...

Pero ¿era posible que tan her-

moso contenido prosperara? Para oponerse a ello estaba la burguesía, el militar de casta, una Iglesia incomprensiva...

Y surgieron las conspiraciones, los levantamientos, que no traían otro fin que colocar de nuevo al pueblo el yugo de la esclavitud,

y pisotear los derechos del hombre.

En una de estas sublevaciones desencadenan la guerra civil, pues el pueblo, indomable, no quiere tolerar otro dogal en su cuello, y acepta la lucha porque tiene la más poderosa arma de combate: la razón.

Y la lucha deriva, merced a la traición de los ex-generales rebeldes que venden a su patria, en una auténtica guerra de independencia.

Así nos sorprende el sexto aniversario de la República. Defendiendo el derecho del pueblo a disponer de sí mismo; oponiéndose a ser sojuzgado por potencias extranjeras; combatiendo por la causa de la humanidad, y marcando un hito histórico en la lucha contra la barbarie fascista.

Nos quedan todavía esfuerzos que realizar, mas con el tesón y el sacrificio del Ejército del Pueblo, la disciplina y el trabajo de todos los antifascistas y la labor de nuestro Gobierno del Frente Popular, sacaremos adelante nuestra justa causa.

¡Viva la República!



PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA

Un hombre, varios hombres, pueden hacer un motín, pueden hacer una algarada; mas la revolución es cosa santa que sólo pueden hacer los pueblos.—Nicolás Salmerón.

La guerra, último eslabón de una sociedad

En efecto, la guerra está llena de penalidades, sufrimientos y privaciones.

Todos los que pensamos en un futuro mejor, hemos combatido y odiado la pasada sociedad. Sus horrores los hemos puesto de manifiesto una y cien veces, y nuestros periódicos y revistas han sido los mejores portavoces en contra de este monstruo, que con sus pies de hierro ha destruido pueblos, ha incendiado ciudades, ha diezmado los campos y por donde pasó, ha dejado su huella maldita de miseria y de dolor.

Todas las contiendas hasta ahora conocidas, han tenido las mismas características. El desequilibrio económico de los pueblos; grandes contingentes de ciudadanos que carecen de lo necesario para poder vivir, y otros, una minoría, llenos de privilegios, de bienestar, que ven en peligro su dominio, amenazado su poderío por las protestas cada vez más numerosas de los desposeídos.

Ante esta situación angustiosa ¿Qué hacer para seguir teniendo en alto la bandera de la injusticia? Una guerra donde conquistar nuevos terrenos, una guerra de rapiña para adherirse a otros pueblos donde colocar a los parados, y al mismo tiempo eliminar a centenares de ciudadanos, y ellos seguir dominando y gozar de sus bienes, sin oír las quejas y las protestas de los que no tienen pan.

Esta es en síntesis la causa de todas las guerras pasadas, y si observamos con escrupulosidad la presente, veremos rasgos marcados y comunes a las anteriores.

Nosotros, pacifistas por antonomasia, nos vemos metidos en esta encrucijada que nos ha impuesto el deber. Nosotros, humanitarios recalcitrantes, metidos en los actos más viles que comete la humanidad. Hemos aceptado esta guerra que nos declaró, mejor dicho, que provocó lo podrido e indeseable que había en el país. La aceptamos con un amplio conocimiento de causa, estamos dispuestos llegar hasta el fin, y arrostraremos con abnegación sublime todos los sacrificios, todas las penalidades, todos los dolores, que la lucha nos imponga para conquistar la victoria.

De penalidades y sacrificios toda nuestra vida proletaria está cuajada en el campo, en el andamio, en la fábrica, en el taller, en el comercio, en la oficina, en todos los lugares de trabajo, hemos aguantado años y años, todas las privaciones, todos los ultrajes para llevar una vida de miseria.

En las grandes ciudades, en sus calles amplias y mejestuosas alumbradas por soberbias iluminaciones, adornadas por fantásticos palacios, elegantes cabarets, casinos y bares, hemos visto cómo ciudadanos, hermanos de clase nuestros, cubiertos sus rostros por el rubor, tenían que dedicarse a la odiosa caridad pública, para poder mal vivir; hemos visto cómo inocentes criaturas con los pies desnudos, colgando de sus cuerpos famélicos a guisa de traje unos harapos, se movían ágiles vendiendo periódicos para ayudar a sus padres sin trabajo; hemos visto con dolor a madres con varios hijuelos en su regazo durmiendo en accesos del metro o en el hueco de una puerta sufriendo las inclemencias del tiempo; hemos visto escaparates exuberantes de mercancías de todas clases, que eran una provocación a nuestros cuerpos mal vestidos y a nuestros estómagos exhaustos.

¿Que importan estos sacrificios que la guerra nos impone para alcanzar la victoria y desterrar esa vida de miseria? ¿Que importa que nuestra materia sufra unos meses todas las privaciones y dolores que lleva aparejada la lucha? Nuestro cuerpo lacerado ya por la ignominia y la vileza durante tantos años impuesta por nuestros enemigos, encuentra un lenitivo, al dormir en un pajar, en el suelo, en un parapeto, con tal de que el pasado no vuelva.

Luchamos para que las miserias pasadas se marchen para no volver, para que la injusticia no sienta más sus tentáculos sobre la tierra, para que la guerra se extinga entre los hombres, y nazca el amor y la fraternidad entre sus habitantes, y en la paz sagrada, en la paz querida, siga su ritmo progresivo la historia y llegue el día que entre los hombres reine la armonía y el bienestar, que tanto enorgullece y dignifica a los pueblos.

V. V.

La guerra y la cultura

Cuando con más calor y entusiasmo se siguen los acontecimientos de una guerra cruel y maldita que nosotros no provocamos; cuando se viven momentos de lucha enconada e intensa; mientras el ritmo lento de esta gran batalla parece acelerarse para hacernos sentir el optimismo de una grande y próxima vic-

toria, el Ministerio de Instrucción Pública lanza a la luz un nuevo y acertado Decreto, creando las «Milicias Culturales». Es la confianza absoluta en el triunfo la que nos induce a pensar y obrar de esta manera. La hora de las vacilaciones pasó y, la serenidad volvió a presidir nuestros actos. Todo lo que en un principio,

cuando nos preparábamos para la defensa, pudo constituir un algo de solución caótica, es hoy cuando nos preparamos para atacar, un plan previsto y fijado de antemano. Nada podrá pillarnos desprevenidos.

Por esto, el Ministerio de Instrucción Pública, convencido de la victoria final que, tarde o temprano, hemos de apuntarnosla y sin desatender la guerra presente—problema fundamental, único y común a todo antifascista—quiere preocuparse de la cultura. Su intención es noble y sana. Pretende que al combatiente—o más bien al soldado del pueblo, por ser hoy ya militar el bloque defensor de nuestra causa—no le falten las enseñanzas que no pudo adquirir a su tiempo, tal vez por que la peseta o los seis reales de su jornal tuviesen que ser empleados en pan escaso para mal vivir al día.

Miramos el presente y el porvenir. Buscamos una España hoy fuerte para el completo aniquilamiento de nuestro adversario y

mañana grande y culta. Ansiaremos la total desaparición del analfabetismo, vergonzoso y perjudicial.

Con este objeto y con el nombre de «Milicias Culturales» se ha creado un Cuerpo de maestros que, encuadrados en los batallones tienen la misión de liquidar la incultura y hacer del soldado de estos momentos un ciudadano apto, consciente y responsable de sus actos en la sociedad libre que buscamos.

En la 50 Brigada han dado comienzo las clases destinadas a tal fin. Los libros de nuestra biblioteca correrán a lo largo de los parapetos más apartados. Un rato de ocio será aprovechado para transmitir, en nuestras escuelas, estas enseñanzas. El interés de nuestro Comisariado nos ayuda en esta empresa. ¡A aprender y a vencer, camaradas!

La disciplina y la cultura son las mejores armas para conseguirlo.

J. INGLES.

Maestro del 1.º Batallón.

¡¡¡España no es fascista!!!

*No digais que agotados sus recursos
de fuerzas faltó sucumbió mi tierra,
podrá no haber guerreros y aun entonces
perdurará la guerra.*

*Mientras los hijos de mi hidalga tierra
valerosos resistan,
mientras quede en el campo un miliciano
que no estime su vida,
mientras haya en España un miliciano
¡¡¡España no es fascista!!!*

*Mientras van pregonando por los aires
terror y cobardía,
mientras vayan sembrando en las ciudades
la muerte triste, impía,
mientras haya un ejército que al fascio
con ímpetu resista,
mientras haya en España un miliciano
¡¡¡España no es fascista!!!*

*Mientras Marte sangriento con su garra
tenga España cogida,
mientras ríos de sangre sus vertientes
inunden impulsivas,
mientras siga la lucha sangüinaria
con fuertes sacudidas,
mientras haya en España un miliciano
¡¡¡España no es fascista!!!*

*Aunque vuelque sus fuerzas en España
la Alemania fascista,
aunque Italia les mande divisiones
que luzcan su divisa,
aunque el mundo se ponga en contra nuestra
y España muerta, viva,
mientras quede en España un miliciano
¡¡¡España no es fascista!!!*

Gregorio GUILLEN PEÑA.

Carta abierta a un camarada campesino

Estimado camarada: Hace pocos días, te ví por vez primera. Fué cuando te incorporaste a las filas del Ejército Popular. Desconozco, por tanto, como piensas. Sin embargo, no ví en tí la alegría que has debido de sentir al ocupar un puesto que por derecho propio y dada tu condición de trabajador del cam-

po, te corresponde. Y ello me indujo a hacerte unas reflexiones.

Si trabajabas a jornal no habrás olvidado aun, los días que en la plaza de tu pueblo esperabas un jornal que siempre no venía y que cuando llegaba era exiguo. Un jornal que te daban a cambio de un trabajo agotador de sol a sol. Recordarás aun los

días sin pan y sin leña para la lumbre, alrededor de la cual iban enfermando poco a poco tus hermanos, que tenían una infancia triste, sin más horizonte que un porvenir preñado de interrogantes angustiosos.

¿Trabajabas tierras en arriendo? Entonces, tu sabes del trabajo intensivo y sin descanso para sacar adelante la cosecha. Una cosecha que te pagaban los acaparadores al precio que querían, pues tu necesitabas vender precipitadamente. Pronto se marchaba aquel dinero que tenías que entregar enseguida al propietario de la tierra, al almacenista de abonos y al usurero del pueblo. Y después a volver a empezar, a volver a pedir dinero, a seguir tu vida de siervo de la gleba, hasta que el propietario te echara de aquella tierra, que era tuya, para arrendársela a otro que pagaría más renta que la que tu le dabas.

Si eras un pequeño propietario, tus problemas eran los mismos. Tampoco podías gozar de un bienestar al que por tu trabajo eras acreedor. Las redes que te tendían los grandes propietarios, acaparadores, usureros y caciques, te oprimían, sin que pudieras nunca levantar cabeza; pues tu sabes muy bien, que sólo a un escaso número de privilegiados les estaba reservado el disfrute del trabajo de todos.

Camarada: El hogar donde vivías, recuerdas, era una choza que no reunía condición ninguna de habitabilidad, tu no podías recibir instrucción, pues, desde tu infancia tenías que ir al campo a ayudar a tus padres que necesitaban de tu trabajo prematuro para poder seguir malviviendo. No podías vestir, ni nunca pudiste viajar. Siempre en tu pueblo, sin luz, sin alcantarillado, sin nada de lo que puede hacer agradable la vida a los hombres.

Y los españoles traidores que tenemos enfrente luchan, para que tus malas condiciones de vida sigan y empeoren. Por esto están aquí los ejércitos del fascismo alemán e italiano. Si antes vivías mal, luego, si ellos vencieran, vivirías peor. Si España, con sus tierras, sus minas y sus fábricas, era de unos cuantos españoles, luego sería patrimonio de unos extranjeros que te explota-

rían más. Tus hijos serían educados y preparados para una guerra contra otros pueblos libres. El luto y la miseria, se enseñorearían de tu hogar pobre. Tu pueblo sería cada vez más miserable y más triste. Y los campos de concentración se te abrirían cuando en un impulso de dignidad quisieras rebelarte contra aquel estado de cosas. El hacha del verdugo buscaría tu cabeza, y tu compañera y tus hijos, mal cubiertos con unos trapos negros, amoratados de frío, depauperados por el hambre, irían por todos los caminos mendigando un pedazo de pan que nadie les podría dar porque en ningún sitio lo habría.

El Gobierno del pueblo, por el contrario, pone un fusil en tus manos y te dice: La tierra que conquistes será tuya. La maquinaria que tu necesitas, las grandes granjas avícolas y apícolas que engrandecerán y enriquecerán tu pueblo, los grupos escolares donde se educarán tus hijos, las bibliotecas donde adquirirás tu cultura, las bellas casitas donde tendrás tu hogar, las calles limpias y bien trazadas y los medios de comunicación que te conducirán a las grandes ciudades que ya no estarán cerradas para ti, como no lo estarán tampoco las universidades para tus hijos, lo tienes en la boca del fusil que nuestro gobierno te ha dado.

Piensa un momento. La victoria nuestra, la victoria tuya, te dará la felicidad y el buen vivir que nunca tuviste y la derrota a que tu abulia y tu desgana nos podría conducir, nos daría por contrario, el hambre y la desesperación bajo la tiranía despótica de unos extranjeros que nos odian.

Piensa en esto; en lo que sería de tus padres, de tu compañera y de tus hijos y entonces aguardarás con impaciencia la orden de nuestros jefes, para lanzarte sobre el enemigo, al que con tu cooperación, con la de todos, no tardaremos en vencer para siempre.

Por la victoria final. Por tu emancipación y por la de todos. ¡A vencer!

Tuyo y del antifascismo

Juán SAGALA GARCIA.

Comisario del 4.º Batallón.

El tiro

Cómo dominar los nervios en el tiro

El tirador debe repetirse a sí mismo: «No apretaré el gatillo de golpe». «No dejaré que mi hombro recule». «No cerraré los ojos».

Si el tirador siente que se fatiga, que se ahoga, que la sangre le sube a la cabeza, debe respirar profundamente y luego volver a apuntar, procurando esta vez ir más aprisa (pero sin apretar el gatillo de golpe).

Medidas de seguridad referentes a los tiradores

a) Antes y después del tiro.—Doble inspección de las armas y

de las cartucheras, una de cuyas inspecciones deberá hacerse inmediatamente antes y otra después del tiro de cada serie.

b) Durante el tiro: Silencio absoluto.

—Ajustarse estrictamente a las voces de mando de comenzar o cesar el fuego.

—Mantener constantemente el fusil apuntando al blanco.

—Prohibición de cargar el fusil, meter la bala en la recámara, maniobrar con el cerrojo o echarse el fusil a la cara como no sea en el lugar destinado a los tiradores.

La lucha en la Alcarria

Que vienen los italianos que mancillan nuestra Alcarria. A las armas, pueblo nuevo; a luchar, Guadalajara.

Que ya no son falangistas —piltrafas, carne de cabra— con cañones y fusiles que Alemania les prestará.

Que ya no son requetés ni curas de iglesia carca, que son esclavos del «duce» con cadenas de metralla.

A vencerles, a matarlos, como a lobos de manada. Si tuvieran corazón el pueblo no los matara.

El pueblo que quiere vida va gritando por la Alcarria. Todo el campo es un taller para forjar otra España.

Hay máquinas poderosas, hay brazos que no descansan, corren aires libertados, hay vida nueva en la Alcarria.

Con la sangre de Trijueque

el horizonte se aclara.

Que vienen los italianos por las tierras de la Alcarria.

¡A luchar, pueblo valiente; a vencer, Guadalajara!

Si tomasen nuestro pueblo, a Madrid apuñalaran con puñales de veneno y bayonetas de rabia.

Pero a Madrid no asesinan porque no toman la Alcarria, que la Alcarria es cementerio de las tropas italianas.

Que sus tanques y cañones saltan bajo nuestras armas como astillas de los crímenes con que Franco amenazara.

Ya en las tierras alcarreñas los italianos no avanzan. El Ejército del Pueblo destruyó sus esperanzas.

Con la sangre de Trijueque el horizonte se aclara.

J. HERRANZ.

(Del 3.º Batallón de la 50 Brigada)

Sanitaria

Cuidado de la boca

Suele decirse en nuestro refranero castellano: «Por la boca muere el pez», con aplicación a la psicología de los muy charlatanes y vocingleros. Viejo refrán de tiempos en que la higiene luchaba tímidamente con el más pudoroso recato; no atisbaría su autor que, andando el tiempo, encuadraría mejor su adopción a los preceptos higiénicos.

Sí, queridos camaradas; por la boca puede morir «el pez»... y el miliciano. Y no por llenárseles de frío precisamente. Créese corrientemente en los «golpes de frío» que entran por la boca o por «el costado» y producen enfermedades de las vías respiratorias altas y bajas. Vosotros también lo creéis así. Es más, quizá hayáis oído ya negar por algún médico esto, y, sin embargo, lo sigáis creyendo porque lo «habéis visto o padecido» en alguna ocasión. Desengañaros, no habéis observado bien. A poco que lo hubierais hecho os daríais cuenta de que ese mismo «golpe de frío» que sufristeis o sufrieron varios, a unos les produjo la afección respiratoria y a otros no. ¿Recordáis? ¡También tiene cosas el frío! A estas alturas con desigualdades irritantes... de garganta y bronquios!

No tiene ese «burgués atmosférico» toda la culpa de tamañas desigualdades, aun teniéndola, como cualquier humano capitalista, de buena parte de ella. La teneis, la tenemos también nosotros al dejar que aniden en nuestros repliegues bucales infinidad de gérmenes bacterianos o microbios, en plena actividad patógena, dispuestos a lanzarse al ataque en cuanto nos debilitamos por un intenso enfriamiento. La tendreis, la seguiremos teniendo en la vida si dejamos que

aniden en los repliegues sociales los dañinos gérmenes de la discordia y la desavenencia, que pueden hacer el juego a los agentes embozados del capitalismo.

Se trata, pues, de luchar no tanto contra el frío como de impedir que los gérmenes bacterianos tengan vitalidad en nuestra boca, en nuestras fosas nasales, en nuestras gargantas. Es tan sencillo impedirlo, como sencillo es impedir que germinen los «microbios» de la discordia. Basta proponérselo.

Para ello, en la lucha contra los «cocos» (así se llaman técnicamente) que existen habitualmente en aquellos sitios de nuestro organismo indicado, ha de usarse diariamente, al levantarse y después de las tres comidas, el cepillo de dientes y el enjuagatorio con una solución alcalina, que aprovecharéis también para el cepillado de aquellos. Esta solución alcalina es fácil de conseguir teniendo bicarbonato sódico o perborato. En su defecto, lo que mejor logra la alcalización de la boca y garganta es el jabón con que os laváis las manos, y que untando ligeramente en el cepillo o en la toalla, al disolverse en el agua con que os enjuagais, alcaliniza las mucosas e impide la vitalidad de los gérmenes, que, por mucho frío que quiera paralizar vuestra defensa, estarán sin fuerzas para atacar vuestros bronquios y pulmones.

¡Luchad, pues, contra el «frío burgués» y contra el «burgués humano»; pero... alcalinizar vuestros gérmenes!

Visado por la censura

Imprenta de la 50 Brigada Mixta.

VALLEP

